



De la incertidumbre a la vocación

Sonia Pinzón

“**N**o se preocupe de a mucho por este niño que es adoptado. La sangre tira ¡usted sabe profesora!”. Son las palabras de la dueña del jardín. Camino hacia él, lo miro y le hago una mueca con la boca. La señora Leo, le dice: “Esta es tu nueva profesora”.

Héctor sentado en un murito contra la pared me mira a los ojos, apenas sonrío y decide tomarse de mi mano. Muy despacito casi en secreto la señora Leo me dice: “No quiso irse con los otros niños al salón, no se ha adaptado al jardín”.

Héctor parece un pato peletas, está vestido con camiseta y pantaloneta, todo de blanco, flacucho, con peluqueado muy corto, la cabeza un tanto grande para su cuerpo, recién bañado, su cabello mojado semeja las plumas de un pato pequeño que recién sale del agua, es muy delgadito. Sus piernas son dos hilitos, por entre la piel blanca se le traslucen las venas. Es pequeño, me da apenas a la cintura, creo que tiene máximo 6 años. Al cogerse de mi mano percibo que tiritita de miedo y de frío. Son las 7:30 de la mañana, doña Leo nos conduce al salón, allí todo es jolgorio, gritería, entusiasmo, al verla todos corren a sentarse, luego se paran y gritan: “¡Buenos días doña Leo!”.

“Esta es su nueva profesora”, les dice. Mi corazón da un vuelco, siento un eterno silencio, al fin atino a decir: “Buenos días”. Doña Leo se retira y allí comienza mi carrera docente, frente a 42 niños de transición.

Corren los días de 1981, acabo de terminar el bachillerato clásico, en vacaciones; para no perder el tiempo me inscribo en un curso de pedagogía infantil básico. La situación económica no da para que yo estudiara en la universidad, consulto el periódico y de allí sale mi primer trabajo.

Héctor no me suelta de la mano, voy con él a mi escritorio, le digo que se siente allí, gustoso se queda, percibo que los niños le sienten algo de rechazo.

Como puedo, entre la gritería dirijo planas de bolitas y palitos en los cuadernos, no alcanzo a terminar las muestras cuando otros se paran y gritan que ya acabaron, siento algo de desespero. Doña Leo pasa varias veces y apenas hace caras, Héctor escribe sus propias planas, complacido me las muestra, sin tiempo para detalles solo le respondo con un gesto de afirmación y corriendo vuelve a su puesto.

Al descanso salen todos al patio donde han compartido durante varios días, se sientan en grupo, empujando y rechazando a Héctor; él se toma otra vez de mi mano y dice que no quiere comer nada, Doña Leo se me acerca trayéndome unas medias nueves, dice que este muchachito tiene mal apetito y que por lo general vomita cuando se le obliga a comer lo que trae en su lonchera, pero que toca hacerlo comer pues sus padres son ambos médicos y le mandan comida especial porque está bajo de talla y peso. Intento darle con la cuchara algo que parece compota, abre la boca con dificultad, recibe y hace señas de querer devolverla, entonces le digo que debe comer para volverse fuerte como Popeye, se ríe, pero con la cabeza se niega a seguir recibiendo. Me desespero. Mientras tomo un sorbo de mi jugo se me ocurre decirle que si se toma un poquito del mío, yo pruebo el suyo, y ajá, casi vomito con ese menjurje que no sabe ni a dulce ni a sal.

Continúo las clases enseñando cada letra, unas veces con dulzura y otras con algunos gritos y regañones para lograr controlar la clase, aparece entonces la duda de si este cuento es lo mío o no. Doña Leo, que no se muestra muy complacida, me hace sugerencias y reprensiones, ignora que yo no poseo experiencia alguna y además que no tengo estudios necesarios y menos para el curso de transición donde se enseñan las letras, lo más difícil de la vida. Un cucharazo en la cabeza, acompañado de “lea lo que dicen las palabras y no los dibujos”. Recuerdo por un instante que así aprendí a leer. Mi padre impotente ante la escena, decide comprarme unos cubos plásticos y jugar conmigo a formar nuevas palabras.

Al pasar casi tres meses Héctor espontáneamente se cambia de puesto y resuelve sentarse atrás, solitario en una mesa, no le presta atención a la burla de sus compañeros, trabaja concentrado, se pone las muestras él solo y es premio que yo frote su cabeza cuando termina su pulcro trabajo. Cada vez que puede se toma de mi mano, por lo general permanece frío, lo cual me impresiona, come muy poco de lo que trae en su lonchera y le encantan los bocados que a escondidas le traigo de mi casa.

Trabajo con entusiasmo y sin cansancio, ya cada niño tiene dos cuadernos; mientras realizan sus actividades en uno, yo pongo muestras en el otro. Leo cuanto texto pedagógico cae en mis manos, estoy consciente de mis deficiencias como maestra.

Casi termina el año, voy un tanto atrasada en el programa, los niños logran decodificar algunas letras de la cartilla, dan muestras de formar nuevas palabras y deletrear diferentes frases, esto ya es ganancia.

¡Oh sorpresa! Héctor un buen día, mientras tomamos las onces en el patio, saca de mi bolsillo el lapicero y sobre la servilleta escribe una nota que dice: “Yo quiero que usted sea mi mamá”. Quedo muda. Lo abrazo, me seco un par de lágrimas que sin control brotaron, las otras llovieron por dentro. Toca la fibra más íntima de mi ser, descubro que a pesar de todas las dificultades pasadas quiero seguir con la educación. Descubro que poseo vocación.

Son las 2:40 p.m., los niños entusiastas se despiden sin percatarse de que ha terminado el año, con ellos se va un trozo de mi corazón, en especial con Héctor, quien come un poco más. Sus padres ahora prueban lo que la empleada prepara para la lonchera, ha ganado peso y color en los cachetes que han comenzado a salir.

Sin preguntar por mi continuidad recibo una buena constancia de trabajo, me despido agradeciendo la oportunidad y las enseñanzas de este tiempo. Es 2012, Héctor se me aparece en cada nueva historia que llega y me sienta en la silla de la incertidumbre.

Hoy solo sé “Que la sangre no tira...”.

– “Profe le traje este presente para darle gracias por lo que hace con mi hijo, y por si se le ofrece, la autorizo para que le dé su tunda de vez en cuando pues este muchacho es a veces rebelde. Y la letra con sangre entra”.

La comunidad con la que trabajo es humilde, carente de recursos y más de un padre de familia solo sabe escribir su nombre con dificultad. Cada semana recibo manos de plátanos, docenas de huevos y de naranjas o mandarinas, fríjoles, arvejas, panelas, dulces y golosinas, con ellas la gente demuestra su agradecimiento y cariño por los logros de cada uno de los chiquillos.

Al tiempo que trabajo, me inscribo en la Normal de la Sabiduría donde valido mis estudios de Pedagogía, durante todas las vacaciones de junio y de diciembre, allí descubro que no todo lo que hacía para enseñar era correcto y muchos fueron los errores cometidos. Mi pedagogía se basaba en el ensayo y en el error.

Mi salario es la mitad del mínimo, de allí debe salir tanto el material didáctico para mis prácticas de normalista como para los estudiantes de transición

que este nuevo año me corresponden en un colegio pequeño también de Fontibón, estoy en 1982.

“Profesora su letra es una vergüenza, mire a ver cómo deja de pegar las letras en el tablero”, dice doña Flor, la dueña del colegio, quien supervisa mis clases; me corrige y me felicita al mismo tiempo. Yo, que solo manejo la letra pegada, siento un calambre en el estómago de la pura pena y me prometo a mí misma a mejorar lo presente.

Y aquellos chiquillos de sonrosadas mejillas, de ojos curiosos, zapatos rotos recortados en la punta para que no se deformen los dedos, pantalones pico al aire, inquietos y traviesos, pasaron mejor su año, pues su profesora ahora manejaba un tanto mejor su pedagogía.

Actas y talleres subrayados con rojo, notas al pie de página y don Francisco me abrazaba mientras decía: “Profesora Sonia, usted puede hacer mejor las cosas, tenga en cuenta las observaciones que le hago y verá que se convierte en la profesora que usted sueña ser”. Es 1983 y me encuentro en un colegio del norte de Bogotá.

Don Francisco, coordinador general del colegio, es un señor mayor ya pensionado del Ministerio de Educación, fue supervisor por muchos años y ahora se ha convertido en tutor de la nueva y recién graduada Normalista Superior, tutor rígido y exigente que corregía con amor. Fue tal vez por su presión que varias compañeras desistieron, pero quienes nos quedamos tuvimos la satisfacción de ver los resultados académicos en nuestros estudiantes, recibiendo hermosas notas de reconocimiento y agradecimiento por la labor cumplida, al pasar de ser una docente a ser coordinadora de la sección primaria.

Así, en todas estas lides, pasaron siete años en este mismo plantel, hasta que llegó la recién graduada hija de la señora rectora, con nuevas medidas, entonces se comenzaron a cruzar las disposiciones, yo solo era la “normalista” y ella estaba estrenando su cartón de Administración Educativa, razón por la que resolví decir: “Adiós”.

Con un matrimonio fallido, un padre que con ejemplo y sabios consejos orientaba mi labor, continué por los caminos de la educación, siempre teniendo claro que en mí existía la vocación. Igual, pasé por otro colegio durante siete años.

Ese no puede ser mi salario, mi nombre es Sonia Constanza, usted me está confundiendo con Sonia de C... que es coordinadora, le digo a la

funcionaria de contabilidad después de un caluroso saludo. Ella con su acostumbrada ternura apenas me mira confirmando la veracidad del contrato del nuevo año que está por comenzar, sonriendo me dijo que en mi evaluación del año anterior obtuve un resultado altamente satisfactorio, por tanto las condiciones ahora cambian y me están subiendo el salario en casi más del 100%, con una bonificación anual por resultados, doce salarios, alimentación y transporte, cobrado con una suma que para mí resultó irrisoria, en fin, qué sorpresa y alegría. No lo creo aún y mi padre dotado de gran sentido común me aconsejó esperar a ver si encontraban que era un mal entendido, porque yo ya había hecho lo que correspondía.

— Miss Sonia mire, Juan botó la dona [donut] por la ventana, mire lo que está pasando.

Trabajando en este prestigioso colegio de Bogotá, salía con ellos a hacer labor social porque todos observamos que una gran cantidad de estudiantes desperdicia los alimentos, nada les gusta y nunca están conformes con lo que se les ofrece.

Llegamos a un hogar de paso en el cómodo bus del colegio, antes de bajar repartimos las nutritivas medias nueves para luego cumplir con la misión que nos proponemos para este día.

Los niños del hogar corren al encuentro del llamativo bus que acaba de ingresar y con curiosidad intentan descubrir quiénes son los personajes que llegan a visitarlos, se entrega a cada cual la bandeja con su refrigerio y Juan con desdén, haciendo muecas dice: “¡Otra vez dona [donut]!”; le dio un mordisco y sin que la miss lo observe abre la ventana del bus y la lanza a gran distancia. ¡Oh sorpresa! atónitos quedamos cuando un tumulto de chiquillos vuelan con sus pies hasta allí, el más veloz la alcanza y todos se le abalanzan rapándole de a tris y boronas, otros que no alcanzan nada cogen a puño limpio al chiquillo que obtiene el preciado bocado, quien sin pensarlo siquiera se engulle lo que puede antes de perderlo a manos de otros y sin que le importen los golpes que recibe. Parece reír con su boca rellena.

Parte de la misión está cumplida, no digo nada, no veo la necesidad. Solo sé que varios lloraron, entre esos Juan, y también yo.

Pasa así una década en este querido colegio donde exigen trabajo y calidad, pero donde también siento el aprecio a mi labor, donde me patrocinan las campañas que quiero, siempre a favor de enriquecer la academia y el ser de los estudiantes.

— Huy profe, usted pasó de comer pollo a comer mierda...

Ingreso a la universidad a cursar mi licenciatura, mi amigo de siempre viene hoy a tomar tinto a mi casa, trae un aviso del periódico que es una convocatoria o concurso docente para ingresar al distrito, una vez más afirma que tengo los conocimientos y las capacidades para pasar dicho concurso, que no trabajaría tan intensamente como ahora, que tendría hasta más tiempo para leer y estudiar y que hasta en otras condiciones laborales estaría.

Más que convencerme, convence a mi familia que argumenta que nada se pierde con presentarse, a ver qué pasa.

Largas filas aquí y allá, consiga documentos y constancias y papeles, y más papeles, hasta que logro completar todo y es de nuevo mi familia quien hace las filas y los entrega. Llega el gran día, el examen de admisión. Mi abuelita, mi esposo, mi mamá, en fin; se queda cada uno echando camándula para que me vaya bien. Vivo sobre la 167 y me toca por allá en la tercera con no sé qué carrera, en un enorme, pero viejo colegio, siento que las preguntas fueron hechas para mí, con excepción de arte y matemáticas, siento la compañía y la energía de los míos afuera, siento la ayuda que me envían. Fue algo muy fuerte, salgo tranquila, me reúno con todos contando los pormenores y ahí quedó olvidado el cuento.

Mi esposo llega con una botella de vino, es un día entre semana, lo miro extrañada y me pregunta que si no sé qué pasa, llama entonces a la nona y a mi hermana con quienes vivimos, con gran alboroto nos cuenta que hoy entregaban los resultados, que pasé con un excelente resultado entre muchas personas.